

Capítulo 51

FÉLIX
DENEGRÍ
LUNA

Homenaje



Pontificia Universidad Católica del Perú

FONDO EDITORIAL 2000

HOMENAJE A FÉLIX DENEGRI LUNA

Copyright © 2000 Fondo Editorial de la
Pontificia Universidad Católica del Perú
Av. Universitaria, cuadra 18, San Miguel
Telefax: 460-0872
Teléfonos: 460-2870, 460-2291 anexos 220 y 356
E-mail: feditor@pucp.edu.pe

Derechos reservados, prohibida la reproducción de
este libro por cualquier medio total o parcialmente,
sin permiso expreso de los editores.

Primera edición: diciembre del 2000
500 ejemplares
Impreso en Perú - Printed in Peru

Hecho el Depósito Legal, Registro N° 1501222000-4715
Obra completa: ISBN 972-42-376-X

Cubierta:

Diseño y diagramación: Gisella Scheuch
Impresión: Siklos S.R.Ltda.

El mariscal Nieto, Moquegua y Félix Denegri Luna

ISMAEL PINTO

La repetina partida de Félix Dengri Luna deja muchos trabajos inconclusos y otros tantos por empezar. Entre los primeros, y del que siempre hablaba esperando encontrar el momento justo para recomenzarlo, está el referente al Mariscal Don Domingo Nieto, el más ilustre hijo de Moquegua y paradigma de las virtudes cívico-militares en la historia del Perú. Y personaje que llevó a que cobrara una muy especial simpatía y preocupación por la patria chica de ese valeroso e irrepetible soldado de la República.

De ese propósito y entusiasmo que la muerte truncó, es el material que en el transcurso de los años, desde la publicación de *El Mariscal Domingo Nieto y la iniciación republicana del Perú* —en el año 1955—, fue acumulando. Teniendo siempre en mente un trabajo de investigación más amplio que, como un gran fresco, calara en esa turbulenta etapa de la historia republicana. Ahora, eso ha quedado allí. Y Nieto seguirá esperando.

Esa admiración por Nieto hizo que, en 1994, diecinueve años después de la publicación de su trabajo, Denegri Luna, con esa generosidad ejemplar que caracterizó cada acto de su vida, quiso participar en el homenaje que un quincenario provinciano, *La Nueva Reforma*, de Moquegua —edición del 17 de febrero de 1994— había organizado por el Sesquicentenario de la muerte de Nieto, y por los setenta años de la aparición de un valioso opúsculo: *El Gran Mariscal de los Ejércitos del Perú Don Domingo Nieto* —Imprenta «La Provincia», Moquegua, Perú, 1924— de don Attilio R. Minuto, personaje moqueguano que como un escampavía cultural abrió muchos y permanentes caminos para el estudio de la historia de ese pueblo. Un invaluable trabajo pionero que, por muchos años, permaneció solitario en la bibliografía del Gran Mariscal hasta la publicación del de Denegri Luna que, en esta ocasión, se publicó conjuntamente con aquel. Así en un solo volumen se publicaron los dos trabajos mencionados y uno más, como colofón: «La muerte del Mariscal Nieto», de Ismael Pinto, una revisión en

la prensa escrita de aquel entonces, del impacto causado por la desaparición del paladín del Porte de Tarquí, del soldado que, indoblegable a todo apetito personal y subalterno, encarnó el principio constitucional en los albores de la República. El libro se entregó, gratis, con el quincenario de aquella fecha. Y, fue también motivo para trazar algunos planes sobre el esperado libro que, Denegri Luna, le debía a Nieto, y que siempre estábamos recordándole. No obstante, otros trabajos, suyos y ajenos, siempre posponían, de una u otra manera, ese propósito.

1. Ubicación del documento

Para Denegri Luna fue una gran alegría el saber que habíamos ubicado en los fondos documentales de la Biblioteca Nacional del Perú la sentida *Oración fúnebre del general Nieto*, con que el pueblo, en donde pasó sus niñez y parte de su juventud, y, también, tierra de sus mayores, recibió a los restos mortales de su héroe. En algún momento convinimos en publicar el documento en la *Revista Histórica*. Ahora, después de su partida, qué mejor lugar que en este libro —homenaje, para realzar su memoria y para recordar la secreta fascinación que Nieto ejercía sobre Denegri Luna. Homenaje al que se unen, a través de este trabajo el Archivo Departamental de Moquegua, en las persona de su Director, el profesor Carlos Salas, y del investigador Gustavo Valcárcel; y, el Instituto Nacional de Moquegua— Filial Moquegua, con su Director, Omar Benitez.

2. El documento y su autor

El documento lleva un título puesto a lápiz: *Oración fúnebre del general Nieto*, en caligrafía notoriamente distinta a la del texto. La ficha que lo registra en la Sala de Investigaciones de la Biblioteca Nacional, anota: E334. *Oración fúnebre pronunciada en las exequias del Gran Mariscal de los Ejércitos del Perú, Don Domingo Nieto, en la Iglesia Matriz de Moquegua*, y es dado como anónimo.

El documento consta de catorce folios, manuscritos; numerados, indistintamente, ya en el centro de la página, bien en la parte superior derecha. El tiempo ha decolorado la tinta y hay algunas palabras que se han vuelto ilegibles. Sobre todo la lectura se hace más difícil en las citas en latín que, en algunos casos sino en la mayoría, han sufrido notorias correcciones y sobrecorrecciones. Al palio-grafiar el documento, la ortografía del XIX, la hemos actualizado.

Lo anterior de las citas en latín, nos remiten a una bibliografía muy puntual, salvo un error, puesta al final de cada página. Al parecer el autor, en algún momento, habría tenido la intención de publicar su trabajo.

3. El doctor don José Cayetano Fernandez Maldonado

En un principio, pensamos que el autor del texto habría sido el doctor don José Cayetano Fernandez Maldonado, presbítero moqueguano, al que le llamaban —en un pueblo muy fecundo en poner apodos—, *pico de oro*, por su sapiencia, elegancia y facilidad en el arte de hablar en público, ya en actos de la vida profana, como recordado orador sagrado, desde el púlpito, en las grandes celebraciones y fastos de la Iglesia. El doctor don José Cayetano también fue personaje que por su valía cultural estuvo entre los cofundadores de la siempre mentada Academia Lauretana, habiendo sido nomiado su Orador oficial, e institución que después dio paso a la Universidad del Gran Padre San Agustín, de Arequipa.

Además de haber sido uno los primeros rectores del Colegio Nacional la Libertad, de Moquegua, el doctor don José Cayetano fue en algún momento acusado, sin razón alguna y por haberse perdido inexplicablemente la ubicación exacta de los restos del extinto Mariscal, de haberlos sustraído del cementerio y enterrado en alguno de los subterráneos del antiguo convento de San Francisco, en donde funcionaba el Colegio de su rectorado. Haciendo del presbítero una especie de macabro y celoso guardian y adorador único de los restos de Nieto. Invención pueblerina que, obviamente, quedó meridianamente aclarada, pero muchísimos años más tarde, al ser ubicada la tumba del Mariscal, por el cura párroco de Moquegua, el doctor Alejandro Manrique, el 20 de noviembre de 1924, en el llamado Panteón Nuevo. Hecho que dio motivo a que don Attilio R. Minuto escribiera: «El Gran Mariscal de los Ejércitos del Perú Don Domingo Nieto».

4. El doctor don Juan Antonio Montenegro y Ubaldi

Es en aquel apretado trabajo de Minuto en donde hallamos la referencia que nos lleva a ubicar al autor de la Oración fúnebre, que se diera en la Iglesia Matriz de Moquegua. Don Attilio, por los años en que escribió su libro, contaba todavía con una muy rica tradición oral que guardaban las familias moqueguanas. No solo sobre la vida y hechos del Gran Mariscal, sino también de todo lo acaecido en los prolegómenos de la independencia como de las subsecuentes batallas que allí se dieron —sobre la Campaña de Intermedios y la desastrosa guerra del 79, así como las cerriles correrías y enfrentamientos entre las huestes civiles-militares de los padres fundadores de la República—. Como sabemos y lo cuenta ese ególatra y mitificador estupendo que es el Deán doctor don Juan Gualberto Valdivia, en ese delicioso libro que es *Memorias sobre las Revoluciones de Arequipa / Desde 1834 hasta 1866* —Imprenta de la Opinión Nacional, Calle de Junín, n.º 66, por Mariano Murga, Lima:1874—.

Nieto falleció en la ciudad del Cuzco el 17 de febrero de 1844, siendo Presidente de la Suprema Junta de Gobierno Provisorio de la República, y en un intento de devolver al Perú la institucionalidad sostenida por la Constitución y la Ley; tenía tan solo cuarentiun años de edad.

En su testamento —Anexo en el trabajo de Minuto—, Nieto ordena en el segundo ítem:

Mando que cuando la voluntad de Dios Nuestro Señor fuere servido de llevarme de esta presente vida a la eterna, mi cuerpo por el interior sea amortajado con el hábito del Corazón de Jesús, haciéndose mis exequias en el templo que fuese del agrado de mi Albacea, i mi cuerpo embalsamado; el que será conducido a Moquegua, donde se sepultará en el punto de Sancara llamado alto de Yunguyo, dando el frente hacia los puntos que tanto acechó Guarda, por el espacio de veintiocho días con su ejército, para humillar a Moquegua; i que se le disputó y sostuvo hasta impedir de todo punto la entrada del enemigo a la ciudad, con lo que se evitó su ruina y se consiguió la posesión de su libetad, i la de la República, defendiendo la Constitución i el imperio de la Ley; por ser mi voluntad.

La noticia del fallecimiento de Nieto en el Cuzco llegó a Moquegua el 7 de marzo. La ciudad se vistió de luto, las banderas a media asta flameaban y, relata Minuto recogiendo la tradición oral, las campas de las iglesias doblaron con cuarenta clamores por espacio de cuarentiocho horas. El encargado de trasladar el féretro con los restos mortales del Gran Mariscal, del Cuzco a Moquegua —a lomo de mula y por estrechos y peligrosos caminos de una agresiva geografía—, para su descanso eterno en la tierra de sus mayores, fue don Ambrosio Ocampo, paisano y Ayudante de confianza del extinto.

El fúnebre cortejo llegó a Torata, el 2 de abril de 1844. Ingresó a Moquegua el día 11 del mismo mes. Siempre con Minuto, leemos que:

Moquegua estaba completamente enlutado. De puertas y balcones i ventanas, pendían ricos adornos negros. Todas las gentes vistieron sus trajes de duelo. La bandera nacional estaba a media asta. La ciudad imponía un respeto religioso.

El cádaver, rodeado por todo el pueblo que, en cortejo grandioso le acompañaba, entró por el Huaico. Fue llevado a la Iglesia Matriz. **Allí el cura don Juan Antonio Montenegro i Ubaldi, pronuncia una hermosa oración fúnebre.** Después, es conducido a la de San Francisco. Luego al panteón Viejo. I el 8 de noviembre de 1849, fue sepultado *en el nuevo*.

Ahora bien, ¿quién era don Juan Antonio Montenegro y Ubaldi? A la sazón era el Cura primero de la Iglesia Matriz, y posteriormente ocupó el cargo de Vicario Foráneo de la ciudad. El doctor don Juan Antonio había nacido en Moquegua en 1782, y fue su primer historiador. Del año 1818 hasta el 21, se desempeñó como

cura interino en Conayca, en el Obispado de Huamanga. El año 25, más cerca de su ciudad natal, lo tenemos como cura interino en la Iglesia de Ilabaya, y el 26 ya está en Moquegua, cumpliendo su ministerio en la Iglesia Matriz.

Don Juan Antonio fue un hombre con inquietudes intelectuales e inclinado al estudio de las bellas letras y al de la genealogía, fue abogado de las Repúblicas de Bolivia y Examinador Sinodal del Obispado de Arequipa. A él le debe Moquegua los primeros datos ciertos y comprobables, de la historia de la ciudad. Fue un insigne hurgador en las notarias de la época y de esa búsqueda y recopilación de datos salió una serie de cuadernillos, en que con apretada letra recogió los más importantes sucesos, como otros datos menudos y curiosos del diario quehacer ciudadano. Una miscelánea y utilísima información para adentrarse en la historia económica, social y religiosa, amén de la genealógica, de Moquegua y sus orgullosos habitantes.

Don Juan Antonio empezó su historia con un primer cuadernillo que tituló: *Noticia / De la creación y conquista del Valle de Moquegua por Mayta Capac 4º Emperador del Perú— Su conquista por los Españoles en 150 años. Creación del Pueblo de San. Sebastián de Escapagua en Villa de San. Francisco. De Esquilache en 1515. Creación del Pueblo de Señora Sta. Catalina V. Y M. En Villa de Sta. Catalina de Guadalcázar Valle de Moquegua en 1625[...].*

A este primer cuadernillo siguieron otros, además de papeles varios y una hagiografía inédita que el tituló: *Historia de la Penitente y nueva Magdalena la sierba de Dios María Ysabel del Corazón de Jesús del Señor San José de Moquegua[...].* Documentos, algunos de ellos, que después de seguir una peligrosa trayectoria fueron a recalcar, afortunadamente en la Biblioteca Nacional del Perú.

Al parecer, el Padre Montenegro y Ubaldi, en algún caso, sacó copia de su primer cuadernillo, y que este antes de 1900 pasó a integrar los fondos intangibles de la Biblioteca Nacional, ya que don Carlos A. Romero, lo dio a conocer en la primera entrega de la *Revista Historica*, del año 1906 con el solo título de *Noticia de Santa Catalina de Moquegua*. Del original o la copia, existente en Moquegua, don Attilio R. Minuto transcribió parte de ese primer cuadernillo en el divertido y urticante hebdomadario: *El Farol*. Revista satírica, humorística, ilustrada e inofensiva, —números 16, del 23 de agosto de 1925; 17, del 6 de setiembre de 1925; 18., del 20 de setiembre de 1925; y, finalmente, el 19, del 8 de octubre de 1925— con un epígrafe que dice: «Lo que todo moqueguano debe conocer. Noticia de Santa Catalina de Guadalcázar / de Moquegua / Cabeza de la Provincia de Colesuyo. / por el Dr. Juan Antonio Montenegro y Ubaldi». Se agregaba y dejaba en claro que eran: «Datos proporcionados galantemente por el Dr. Augusto Maura».

De manos del doctor Maura los documentos, por razones de familia, pasaron a manos de la señora Angela Barrios que, en generoso y equívoco gesto, los regaló al Obispo de Tacna y Moquegua, Monseñor Carlos Alberto Arce Masías,

uno de los más insignes latinistas que ha tenido el clero peruano, quien aseguró su publicación. Monseñor que no era ni mucho menos bibliófilo sino algo más que coleccionista, cargó de Moquegua, a fines de los cuarenta y primera década de los cincuenta, no solo con documentos sino con muebles, alfombras, cuadros, libros, arañas, ornamentos, porcelanas y cuanto objeto pudo, tanto de los templos de la ciudad como de propiedad de algunas pías señoras moqueguanas, que no pudieron resistirse a la labia, simpatía y bonhomía del prelado.

A la muerte de Monseñor Arce Masías, en Lima, gran parte de todo aquel bagaje fue sacado a remate por familiares suyos. De allí, la colección de documentos de Montenegro y Ubaldi, que había pertenecido a la familia Maura —Barrios, fue adquirida por la Biblioteca Nacional—. El documento que publicamos ahora, no estuvo en ese paquete, ya que en la ficha, como lo hemos señalado, aparece sin autor.

Es posible que viniera en el material de canje que realizó la Biblioteca Nacional, cuando fue su Director don Jorge Basadre, que envió a Moquegua como ilustrado mensajero al joven Fernando Silva Santisteban, que acopió para la Biblioteca Nacional el *Símbolo Católico Indiano*, del P. Luis Jerónimo de Oré, en su primera edición de 1598, como igualmente los dos volúmenes de la primera edición de 1657 del *Gobierno eclesiástico pacífico y la unión de los dos cuchillos Pontificio y Regio*, de Fray Gaspar de Villaroel, como otros valioso títulos y documentos, que pertenecían a la rica Biblioteca del Colegio Nacional La Libertad, heredada a su vez de la biblioteca de los padres jesuítas, fundadores del colegio en el siglo XVIII, después enriquecida durante la larga permanencia de los franciscanos, cuando funcionó allí el Colegio de Propaganda Fide, hasta el año 1825, en que pasó a manos del Estado.

Volviendo a la *Oración fúnebre* y al aserto, por la información acopiada por Míñeto, de que fue el Prébitero don Juan Antonio Montenegro y Ubaldi quien la **pronunció en la Iglesia Matriz**, nos nace una razonable **duda al comparar la escritura de Montenegro y Ubaldi**, en su *Memoria...* y en su **hagiografía**, con el tipo de letra de la *Oración* ya que son completamente distintas. La de las primeras es pequeña, redonda y apretada, con abundantes abreviaturas, como era usual los textos del siglo XVIII. La *Oración*, por el contrario, está escrita con los rasgos de una elegante **caligrafía inglesa**, letra grande de **rasgos firmes, inclinada a la derecha**, y casi sin usar **abreviaturas**, salvo en las **referencias bibliográficas**, de las citas bíblicas, a pie de página. Cabe preguntarse, finalmente, si la *Oración* es la de Montenegro y Ubaldi, o es la que pronunció don José Cayetano Fernández Maldonado, del cual no conocemos ninguna autógrafa.

No olvidemos que los restos de Nieto, después del público homenaje en la Iglesia Matriz, igualmente fueron recibidos en el templo de San Francisco —anexo al Colegio Nacional La Libertad, del cual Fernández Maldonado era Rector, y en

él cual oficiaba como sacerdote— con la pompa y solemnidad que exigía el acontecimiento. Y, esto, obviamente, incluía un orador sagrado.

Más allá de esta razonable duda nos queda, afortunadamente, el hemoso documento, con que el pueblo de Moquegua lloró la muerte del más querido y respetado de sus hijos: el Gran Mariscal de los Ejércitos del Perú don Domingo Nieto. Y que, ahora, se publica, por vez primera, para honrar la memoria de otro peruano ilustre y moqueguano honorario: Félix Denegri Luna.

5. Oración Fúnebre del General Nieto

*Hijo mío derrama lágrimas sobre el muerto, y empieza a llorar,
como si hubieras padecido un gran quebranto.*

¡Qué espectáculo tan funesto se presenta a mi vista en este templo! ¡Qué objetos tan melancólicos, registra nuestra consideración por todas partes! Yo no veo, yo no oigo, yo no toco mas que tristes escombros, pavorosos trofeos de la muerte. El eco fúnebre de las campanas, que resonando por los aires han penetrado de dolor, y consternación vuestros ánimos: esas antorchas sepulcrales, que con sus melancólicos vislumbres exitan en nosotros los más tiernos recuerdos: esos lutos dolorosos, esos geroglíficos de la paz y de la victoria. ¿Qué más? Sepulcros abiertos, féretros preparados, mortajas extendidas, cadáveres esparcidos, fúnebres cipreses, espadas humeantes, espectros pálidos y terribles. Vosotros mismos con vuestros semblantes mustios, los ojos clavados en tierra, sin desplegar vuestros labios a semejanza de aquellas tribus antiguas, que en circunstancias iguales iban a visitar la huesa de sus padres al desierto, y se volvían en silencio víctimas del dolor y de la ternura. Todo, ¡ay de mí! no respira, no presenta mas que objetos de llanto, desolación y muerte. ¿Qué es esto mis hermanos? ¿qué significa todo ese aparato lúgubre? *Quod est verbum quod factum est in Israel* (Lib. 2 Rey. C.1 v.4)

¡Triste Moquehua! ¡Moquehua desgraciada! Ciudad por tantos títulos amable y tan respetable para mí. ¿Qué trágico suceso te ha acaecido? ¿Qué transformaciones tan asombrosas presentas a mi vista? ¿Qué se hicieron aquellos hermosos días en que los festivos repiques de las campanas, las salvas de la artillería, los arcos triunfales, la suave sinfonía de la música, y las más bellas decoraciones de tus calles eran un indicante de tu júbilo, y un claro testimonio de tu dicha? ¿Tú que te adornabas con el ropaje del gozo, magnificencia, y esplendor por los ilustres tiempos de tus nobles hijos (Jer C.1 v.2) te ves arrastrando negros lutos de tristeza, como una mujer viuda, inerme y desamparada (Jer C.1 v.2), tus lágrimas corren hilo a hilo por tus mejillas sin haber quien te consuele entre todos tus caros amigos? (Jer C.1 v.2) ¿Tú que custodiada cual otra Jerusalem, por

los fuertes de Israel, despreciabas como saetas de niños (Is C.51 v.47) los fieros dardos de los enemigos, te miras sola, trémula y llorosa, oprimida de amargura, y reducida a la más deplorable orfandad? (Is C.51 v.47). ¿Tú que gustabas de la copa encantadora de delicias, que en los días de tu misericordia, te propinó la mano benéfica del Excelso, te ves obligada a tragar a tu despecho el tósigo mortal, y beber hasta las heces del amargo cáliz de la indignación? (Jer C.1 v.8). ¡Ah, cuánta es la degradación! ¡Cuánta la ignominia! Grande debe ser el pecado pues es tan grande el castigo: *peccatum magnus peccati Jersulem* (Jer C.1 v.8). ¿Dime pues la causa de tan súbita e inesperada metamorfosis?

Vosotros prevenis la respuesta ilustres habitantes de esta afligida ciudad, y en el magnífico aparato de esta triste ceremonia, dais a conocer bien claro que el curso de vuestro dolor no puede hallar consuelo sino en las demostraciones del agradecimiento. Yo mismo siento conmoverse mis entrañas con afectos de ternura y compasión al considerar los dolorosos motivos que hoy exitan tan extraña mudanza. ¡Triste suerte! ¡desgraciado destino! ¡dolor sobre todo dolor! ¡tener que sentir y llorar con vosotros sobre los tristes restos del Excelentísimo Presidente de la Junta Suprema de Gobierno Provisorio de la República, nuestro ínclito paisano, el Gran Mariscal Don Domingo Nieto; tener que asistir con vosotros a su funeral y sobre esto tener que subir también a este púlpito para hablar de su muerte, y ser el intérprete del duelo público! ¿Es posible que siendo yo uno de tantos para sentir y llorar su muerte, entre tantos he de ser el solo y único destinado a predicar en sus exequias? ¿Es posible que el primer testimonio público que consagro a su memoria, ha de ser un elogio fúnebre? ¿Es posible que habiéndome visto tantas veces obligado por su modestia a callar sus alabanzas en la catedral del evangelio, solo su muerte haya de autorizarme para publicarlas? ¿Quién le hubiera dicho cuando yo le recordaba que no era más que un poco de polvo y ceniza (Gén C.8 v.19) el glorioso día en que le señisteis una brillante espada para debelar a los enemigos del orden, y defender nuestras instituciones patrias, quién el hubiera anunciado, digo, que ya la tumba se abriría bajo de sus pies, y que blandecía ya sobre su cabeza la fulminante espada de la muerte, para conducirle al término fatal de toda carne? (Gén C.8 v.19).

De este modo, ¡oh Dios mio! prevenis nuestro destino desde el alto solio de vuestra sabiduría. De este modo confundiendo nuestros consejos, burlando nuestros deseos, y destruyendo muchas esperanzas, nos fortificais en la fe; y de este modo también nos manifestais lo diverso de vuestros caminos para despertar nuestra vigilancia (Mt C.26 v.4) e inspirarnos el desprecio de un mundo vano, engañoso y corrompido.

Lloremos, pues, mis hermanos, que es muy justo, lloremos sobre las frías cenizas del ilustre difunto, que por tantos y tan sagrados título demanda nuestras lágrimas (Ecc C.22 v.10): lloremos con llanto amargo; lloremos como si hubiéramos padecido una grande calamidad. El mismo Espíritu Santo nos lo aconse-

ja por boca del sabio en las palabras de mi tema: *Hijo mío derrama lágrimas sobre el muerto y empieza a llorar como si hubieras padecido un gran quebranto.*

Pero no soltemos tan libremente las riendas al dolor. Nada menos pretendo de vosotros en este día, mis amados oyentes. Vengo a enjugar vuestras lágrimas con el suave paño de la religión, para esto yo asiento esta preposición general de mi discurso. La muerte del General Nieto debe ser objeto de consuelo para nosotros; ¿y por qué? ya lo habeis columbrado católicos. Visto sin embargo, en una sola palabra que trazará todo el plan y serie de este discurso; porque. El recuerdo de las virtudes cristianas que practicó en el curso de su vida, especialmente en la carrera militar cumpliendo los deberes que le impuso la patria, debe asegurarnos en la firme esperanza de su eterna salvación. Más breve: su eterna felicidad debida a la práctica de sus virtudes. Unico punto digno de esta cátedra, de mi héroe y de tan piadoso auditorio.

Un río de suavidad, y de dulzura debería correr hoy por mis labios para endulzar vuestras amarguras. Debería ser otro Ambrosio cuando consolaba a su amada grey de Milán, afligida por la muerte de Teodocio el grande (Ozac. S. Amb. De [...]). Debiera transformarme en otro Bossuet cuando después de haber dejado en el féretro a Condé, convoca a los Pueblos, las Naciones, a los Prelados, a los Reyes, a los guerreros al túmulo de su héroe, e inclinando su cabeza cana hacia la tumba deja caer de su boca las grandes palabras: tiempo y muerte, que resuenan con espantoso eco en los abismos de la eternidad. Pero triste de mí! que no teniendo su espíritu, ni elocuencia no me queda otro refugio que levantar mis ojos a los altos montes de la divinidad, de donde espero el auxilio: *levavi oculos meos in montes [...] veniet aucsilium mei* (Salm 120 v.1). Y vos Virgen santa, madre del dolor sobre la tierra, y hoy día consoladora de los afligidos en el Cielo, dignaos bendecir este lúgubre discurso. Para esto mis oyentes, y yo os imploro con la salutación angélica, que frecuentemente os hacía vuestro humilde siervo.

6. Ave María

Cuando me propongo publicar las alabanzas del finado General Nieto para mitigar vuestro dolor con el recuerdo de sus virtudes, no pretendo haceros oír un elogio vano, estéril, y lisonjero: ni menos pienso adornar una cabeza humillada ya con el polvo, ni consolarla con flores ya marchitas por el tiempo. Lejos de mi semejante pensamiento. En tal caso su misma venerable sombra se levantaría del sepulcro para arrostrarme, como en otro tiempo la sombra de Samuel a Saúl: *¿quase inquietasti me?* Sin perder pues de vista lo que debo a mi apostólico ministerio, no me separaré un punto de la religión cuyas adorables máximas son las únicas que pueden consolarnos en tan amargo conflicto. Esta religión pura

en su moral, santa en sus dogmas y adorable en sus misterios nos enseña que es un santo y saludable pensamiento, rogar a Dios por los fieles difuntos para que sean perdonados de sus culpas, pensando bien y religiosamente de la resurrección de los muertos. Ella misma nos instruye por el apóstol San Pablo que no debemos olvidarnos de los que duermen en el Señor, ni entristecemos como los Paganos que no tienen esperanza: [ilegible cita en latín].

Siendo esto así, qué consuelo pues no debe ser el nuestro al considerar que el finado General Nieto, duerme con el dulce sueño de la muerte, que murió con el ósculo santo del Señor, fortificado con los adorables sacramentos de la Iglesia, después de haber dado el debido lleno, a los deberes que le impuso la patria durante la carrera de su profesión. Dejando en silencio los primeros años de su juventud que pasó en vuestra compañía a la sombra de sus candorosos padres, y bajo la dirección de maestros honrados; yo solo me fijare en el tiempo de la guerra de la independencia y sucesivamente en el de las guerras civil: dos épocas memorables á que estuvo vinculada la vida pública de nuestro heroe.

¿Qué es pues lo que visteis? ¿Qué admirasteis? *¿quál existis videre?* (Mt C.11 v.7, 8 y 9) ¡Oh!, apenas llegan a mis oídos los tristes lamentos de la palabra, cuando como fiel y verdadero hijo de esta tierna amorosa madre le sacrifica los más dulces sentimientos de la naturaleza, rompe los más estrechos sentimientos, abandona los hogares paternos, abraza la causa militar y se presenta en la arena como un brioso atleta: que solo anhela el triunfo por salvar a su patria de la más ominosa servidumbre en que gemía bajo el pesado yugo de la dominación tirana. El sagrado fuego del amor a la patria, arde en el corazón de este peruano ilustre, circula por la sangre de sus venas, penetra hasta la médula de sus huesos, abraza sus entrañas, y punzandole día y noche como le sucedía al generoso Macabeo (Mac Lib.1 C.2 v.27), le obliga a acometer las más árdidas empresas. Ya monta esta guardia, levanta aquella batería, da un ataque, asalta aquella plaza, vadea ríos, gana puentes, surca los embravecidos mares, sufre las campañas más penosas, los más rudos combates, los asaltos más sangrientos, presenta su pecho a las balas y su garganta a la cuchilla, y aun se levanta como Anteo, mas fuerte y mas vigoroso después de los desastres.

¿Que no pueda yo hacerlos un detalle prolijo de todos sus servicios? ¿qué no pueda, digo, presentaros uno como mapa de todos los lugares, que sirvieron de teatro a sus victorias? ¿Veis, os decia, veis aquella célebre fortaleza cuyas murallas apenas se conocen por sus ruinas? ¿Qué es aquí donde permaneció en clase de sitiado a pesar de la hambre, de la miseria y desnudez? ¡Qué espectáculo! Cercada por todas partes de espanto las baterías, un tiro no espera otro: gime el bronce, el aire se inflama, la tierra tiembla, todo se cubre de fuego, de humo y de polvo, pero ella firme, nada menos que el escollo sobre el que está situada permenece inflexible, y desprecia constantemente las intimaciones que le hacen para su rendicion, hasta que el valor e intrepidez de nuestros bravos, triunfa al

fin de su constancia. En ese otro pueblo escarmentó la bárbara osadía de sus rivales: volved ahora los ojos de ese campo espacioso, y vereis que sin mas armas que sus brazos, ni más trinchera que su pecho, se arroja intrépido sobre los batallones enemigos. Aquí los desaloja de una posición ventajosa, allí les toma su artillería. En esta parte salvando la suya, sostiene una gloriosa retirada, en aquellas anima al soldado, y recupera con superiores ventajas sus pérdidas pasadas. Aquí avanza por entre el fuego y el humo, y sorprende a la victoria en medio de su vuelo: allí obliga al León de la Iberia a poner sobre su cabeza los gloriosos laureles con que iba ya á coronarse. Su obediencia a los Jefes es exacta, su disciplina rigurosa, sus planes infalibles, sus designios grandiosos, sus intereses son todos sagrados; por que no tiene más objeto que la patria, cuya libertad es todo el móvil de sus acciones; ¡ah! ¿que ño pueda yo, repito, pintaros a mi héroe con toda aquella viveza que me dicta el afecto? ¿Habeis visto por ventura un relámpago, que agitado de un furioso huracán sale del oriente, brilla al mismo tiempo en el occidente, forma sus giros por el austro, y dejando en todas partes señales de su luz, perfecciona con celeridad su carrera? Pues a este modo el intrépido Nieto agitado por la fogosidad de su celo patrio, sale casi a un mismo tiempo de diversos puntos, como León generoso, y campea gloriosamente en su frente con la señal de la victoria, una heroica intrepidez, que infunde terror a todos sus enemigos. Penetra los valles, sube a los montes, salta los riscos, se interna en los páramos, suda, se afana, se fatiga; llega por fin al encuentro del enemigo, arroja con denuedo el grito de la victoria, y habiendo batido y aniquilado en breves momentos a sus batallones aguerridos Europeos en que tanto confiaba; acredita a la faz del universo, que no son las altas paredes, ni los anchos fosos, sino los corazones de leones de los valientes republicaanos, los que forman una muralla inexpugnable á la Libertad nacional. ¡Qué gloria! ¡Qué honor! ¡Qué magnificencia!

Señores, hasta aquí no habeis oído cosa alguna singular de nuestro ilustre paisano. Es verdad que tuvo una gran parte en estas heróicas hazañas; pero también fueron de una gloriosa trascendencia á sus demás compañeros de armas, y peculiares al grande Bolívar, al valiente Sucre, al virtuoso La Mar y otros esclarecidos campeones de la independencia bajo cuyas banderas militaba. ¿Era un mero subalterno? ¿Pues quién duda que este fue el sentimiento de su grandeza? ¿y si tan magnífico es el pedestal, cuánto más elevado será el edificio? ¿si el arroyuelo que apenas sale de la fuente, aparece ya tan caudaloso, qué será cuando engrosando sus corrientes, riegue con sus aguas cristalinas los jardines, hermosee las flores, y fecunde los prados? Hablemos sin ambages y hablemos con los libros santos. ¿Si la aurora de los justos irá siempre en aumento, hasta el perfecto día de su inmortalidad, (Is C.12 v.1) qué asombrosos incrementos no deberemos esperar de este joven, cuyos primeros frutos son ya tan precoces? De este joven guerrero que á los primeros crepúsculos de su carrera se halla ya

en el zenit de la gloria, y para decirlo de una vez, qué no deebíramos esperar de él, en el tiempo de la guerra civil?

¡Guerra civil he dicho! ¡plugiese al cielo, que jamás hubiera aparecido entre nosotros este horrible monstruo; plugiese al cielo, que una mano fuerte y vigorosa lo hubiese sofocado en su propia cuna! Días de horror, de proscripción y de venganza, en que los crímenes de los hombres han atraído sobre nuestras cabezas, como un [...] fogoso, la cólera del eterno. Días aciagos y funestos en que se han sacrificado millares de víctimas ilustres a los furores de la demagogia. Días que debieran intercalarse de entre los demás que componen el año, y no formar número en los meses. ¡Qué las tinieblas los oscurescan! ¡Qué las sombras melancólicas de la noche, los sepulten en el olvido más profundo! ¡Qué se vuelva sobre su eje la rueda de los tiempos, para que aún su memoria se borre del pensamiento! Guerra civil, en ella y por ella se han despertado las pasiones innobles: la corrupción e inmoralidad ejercen por ella, su dominación tiránica sobre casi todos los estados: el dolo, el fraude, la venganza, la avaricia insaciable, la ambición sin límites... todos los crímenes juntos se dejan ver en público teatro, sin el menor embozo, o paliados con el velo hipócrita de la virtud. Unos hotentotes crueles, unos cafres sanguinarios, unos misántropos más feroces que los tigres de la Hircania, parece se han propuesto renovar la memoria de los Tiberios, de los Calígulas, de los Nerones, y de otros tiranos execrables que en los excesos de su impotente sabia hicieron gemir a la humanidad, temblar á la Iglesia santa del Salvador. Una funesta cuanto prolongada experiencia nos ha hecho conocer esta verdad, que no deja de serlo por amarga. ¡Qué horror! ¡Qué abominación! ¡Qué escándalo! ¡Y qué ignominia para el Perú! Pero también es cierto que a vuelta de estos horribles monstruos, nos presenta la revolución unos genios extraordinarios, y benéficos, que podríamos llamar los Númenes tutelares de la Patria. Ellos protegen al labrador y las cosechas, alejan las injusticias, respetan al propiedad, amparan a la viuda y al huérfano, defienden a los pueblos y son los Angeles de la Guerra enviados por Dios para suavizar su castigo. ¿Y no podemos colocar en este número á nuestro finado General Nieto? No puede revocarse a duda. Siempre plegado al orden, esclavo siempre de la Ley jamás cedió a los embates de la seducción, no de otra manera que una alta elevada roca, que en medio de los mares se mantiene siempre firme contra los choques de la soberbia tempestad. Este fue el programa de su fé política, que sostuvo siempre con paso igual en el escabroso camino de la guerra civil. Si la suprema ley de la salud pública (Éx C.13 v.21y 22) le obligó, a las veces, a adoptar medidas austeras ajenas de su carácter, vosotros sus amigos, sus confidentes, y fieles depositarios de sus secretos sabeis la violencia que se hacía, y que no procedió, sino a despecho de sus nobles sentimientos, sorprendida, acaso, más de una vez, su buena fé por las supercherías de algún entusiasta atrabiliario. Los amaños, e intrigas del maquiavelismo le fueron siempre desconocidos. Pudo cometer algu-

nos yerros, pudo padecer equivocaciones en su juicio, pudo, si se quiere, haber sido un fanático, un visionario, pero no, jamás traicionó a su patria, jamás se le acusará de haber faltado a los deberes que esta le impuso, ni como ciudadano, ni como General.

Para prueba de mi aserto yo no recordaré esa negra estación de años que ha pasado sobre nuestra cabeza, en que las revoluciones se han sucedido tumultuosamente unas a otras, como las olas del mar. Yo no escudriñaré con presuntuosa curiosidad los profundos misterios del gabinete en nuestras guerras fratricidas empezadas por la política, seguidas sin entusiasmo y acabadas con eterno baldón y oprobio del Perú. Yo no seguiré aquel torrente cuyo impetuoso curso rompió todos los diques, se esparció arrasándolo todo por los espacios de nuestra santa República, y dejando en todas partes con la destrucción de nuestras leyes patrias, impresas las señales del llanto, desolación, carnicería y muerte. Ni menos entraré en ese tenebroso caos de bandos, facciones y parcialidades, por temor de no poder encontrar el hilo para salir de ese laberinto más intrincado que el de Dédalo. Pero procuraré sacar de sus mismas tinieblas, la luz que guió a nuestro héroe sin declinar ni a la diestra ni a la siniestra por los senderos de la verdad y de la justicia: [...] *in tenebris lumen*. (Sal 111. V.4). Esta grande luz de su prudencia debida más a la naturaleza que al arte fue para él, como la columna de nube y de fuego que guió a los Israelitas por el desierto sirviéndoles de hermoso pabellón contra los ardores del sol en el día, y de claro fanal en la oscuridad de la noche (Éx C 13. v 21 y 22).

En efecto: cuando se representaban estas sangrientas escenas en el teatro de nuestra República con escándalo de las naciones extranjeras y dolor de los verdaderos patriotas: cuando la oscura noche de la revolución extendía su negro manto, sobre nuestros desgraciados horizontes, se deja ver el General Nieto como un astro de primera magnitud, cuyas benignas influencias, nos anunciaban el claro y sereno día de la paz. ¡Cosa prodigiosa! Casi a un mismo tiempo concibe el proyecto, forma el plan y lo ejecuta. Organiza una respetable división, sistema en ella la moral, y la disciplina propia de su instituto. Ya los pueblos corren presurosos a recuperar sus derechos usurpados, ya tocábamos el término de nuestras desgracias, y se nos abría una nueva era de prosperidad y dicha; pero qué dolor! Yo esperaba la dicha y llegó la desgracia. Esperaba la luz, y vino la oscuridad (Job C.30v26) !Esperabamos los bienes de la paz, y nos vinieron los males de la guerra, deseábamos la luz y nos vimos de nuevo sumergidos en un abismo de tinieblas! El hombre enemigo sembró la maldita cizaña de la discordia en el campo del Señor. Confundió el grano selecto, (Mat C.13 v.28) trastornó sus planes! Viendo falseados sus deseos, desechó con eneregía, y con razones que siempre le harán honor, la autoridad suprema que se le ofrecía de conocer y sostener en los cuatro departamentos del Sud. A los veinte y nueve años, edad en que las pasiones están en su mayor efervesencia, desciende volun-

tariamente de las faces del mando supremo a la obscuridad de la vida privada, yo me he permitido nombrar aquí a los héroes paganos, a imitación de los Fabios, de los Genaros, los Donatos, y [...], trueca la espada por el azadón. ¡Cuántas virtudes! ¡qué heroísmo! Si un concurso fatal de circunstancias funestas le obligó a encapitar en compañía de otros ilustres generales una gloriosa contrarrevolución que si no era legal, al menos se aproximaba a su origen; vosotros sabéis que aún entonces la paz fue siempre el norte de sus operaciones. No ignoraba que una guerra, bien sostenida produce el resultado de una paz estable y gloriosa. Si los sucesos no correspondieron siempre a sus esperanzas, también sabéis que no es culpa del labrador que la tierra corresponda con abrojos y espinas al sudor de su rostro. Los reveses de la inconstante fortuna jamás degradaron su mérito, ni eclipsaron su brillantés. A los hombres más grandes, más temibles, más poderosos aun a los ojos de sus mismos enemigos en las desgracias del Portete y de Cangallo que en las glorias de Junin, de Ayacucho. Agusana-ta [tachado: *bajo las órdenes del respetable jefe que honra esta pompa fúnebre*], Pachía y San Antonio se hará justamente acreedora a los honores que le tributará la fama póstuma. Cuando imponiendo un perpetuo silencio a las facciones, callen los partidos, y la deseada paz se instituya a nuestros hogares, nuestros ancianos padres referirán con gloria a sus hijos las heroicas proezas del Gran Mariscal Nieto; las recitarán los niños en sus inocentes recreos, y los jóvenes las cantarán en amorosísimos metros. Las mandará el diestro pincel a la posteridad en sus figuras alegóricas, y las esculpirá el cincel y el martillo en mausoleos, jaspes, y bronces como un monumento perpetuo del honor peruano. Sobre todo, la historia imparcial celebrará su apoteosis, y examinando los hechos con la luminosa antorcha de la crítica lo pondrá a cubierto de la maledicencia, e inscribirá su nombre en sus doradas páginas a la par de los verdaderos peruanos, decididos por la libertad de su patria.

Estos hechos públicos, auténticos y notorios más claros que la luz del medio día, acaecidos estos mismos días, en este mismo lugar, a nuestra propia vista, me excusan el trabajo de aglomerar razones para prueba de mi aserto. Por fortuna yo puedo deciros lo que con objeto más noble decía en su tiempo el evangelista San Juan (Jn Ep.1 C.1 v.3) [*cita en latín, tachada y corregida*], lo que vimos con nuestros propios ojos, lo que escuchamos con nuestros oídos, lo que tocamos con nuestras propias manos al General Nieto, esto que os anuncio. Y, a la verdad; me oísteis que después de haber llegado a los primeros rangos de la milicia y adquirido el prestigio que ellos dan en una carrera honrosa y sin mancha, jamás desertó de la causa de la independencia de su patria. *Nunquid non auditis* (Is C.40 v.2) ¿por ventura no habeis oído, que rechazó con firmeza las propuestas ventajosas que le hicieron para que se plegara al ominoso sistema de Confederación que echaba por tierra nuestras instituciones patrias? *Nunquid non auditis*: ¿por ventura no habeis oído que proyectó arrojar del Perú a la domina-

ción extranjera sin atender a los obstáculos y peligros de una empresa eminentemente nacional, y sin calcular la enorme desproporción entre sus recursos limitados, y las numerosas huestes del Jefe de la Confederación? *Nunquid non auditis*: ¿acaso no habeis oído que la ciudad de Arequipa, la ilustre ciudad de Arequipa lo amó hasta el delirio, y luchó a su lado defendiendo con entusiasmo la causa de los principios? ¿Que con motivo de haber tomado por asalto la plaza del Callao y sofocado un motín militar que acababa de estallar, escribió un ilustre personaje que los Moquehuano jamás sabríamos conocer a fondo el mérito de nuestro benemérito paisano? que habiendo anunciado su muerte supuesta al Jefe de la Conferderación, contestó este afectado de dolor: que el Perú no tenía lágrimas suficientes para llorar la pérdida de este general: *nunquid non annunciatum est vobis* (Is Id.).

Señores para pintar estas cosas es necesario saber ejecutarlas, o al menos tener una pluma tan valiente como la primera espada que las hizo. Así parece lo verificó nuestro General cuando a imitación de César, publicó un Manifiesto el año de treinta y nueve: Manifiesto que no sabemos se haya contestado, y que por lo mismo demanada nuestra fe. Investido de un noble orgullo refiere con dignidad sus interesantes servicios prestados a la patria, como un conquistador que hace ostentación de sus laureles: reta a sus enemigos, les arroja el guante para que lo levanten, y en cierto modo sacrifica la moderación que le era tan natural, a la dura necesidad de defender su honor injustamente vulnerado. Por evitar la difución omito el haceros un detalle minucioso y circunstanciado de dicho Manifiesto; pero os recomiendo su lectura para que columbréis, no más, el distinguido relevante mérito de este Jefe, como se conoce al león por la uña y por el dedo al gigante.

¿Más para qué me canso, y os molesto habiendo sido vosotros testigos oculares de sus virtudes y méritos? ¿No lo visteis como un iris de paz conciliar por una especie de magia ó encanto con los indisolubles vínculos de la más amigable concordia dos pueblos hermanos, a quienes el genio del mal había dividido hasta sellar con sangre su rivalidad. No lo visteis el año de cuarenta y dos montado en un veloz caballo espada en mano, y a costa de un inminente riesgo de acometer y dispersar una tropa desalmada que se había sublevado en el Jaguey y que por momentos amanzaba el saqueo de esta población? ¿Quién no lo proclamó entonces Libertador? ¿Y quién con mayor justicia no le honró con este glorioso epíteto después de la espléndida victoria de Agua Santa, que obtuvo bajo la dirección del respetable Jefe que honra con su precencia esta pompa fúnebre? Eso visteis entonces que esta ciudad cual otra Roma cuando celebró a Marco Tulio proclamándolo el padre de la patria por la fuerte y vigorosa resistencia que hizo contra la conjuración de Catilina, parecía, se arrancaba desde sus cimientos para engrandecer el defensor de nuestras leyes, de nuestra patria y de nuestros más caros intereses.

Ultimamente esto que tocasteis con vuestras manos en esta última época de su vida ¿no le observasteis poseído de un frío estupor y penetrados del más noble entusiasmo, en compañía de su digno sucesor el General Castilla, emprender una obra cuya sola idea aterraba a los más esforzados, arrostrar los mayores peligros capaces de abatir otra alma menos grande que la suya; y sin armas, sin provisión, sin equipo, sin pacto ni alianza, sin marina, sin numerario, sin recurso alguno, fiados solo en el nombre del Dios de los ejércitos, embarcarse, digámaoslo así, en esta navecilla acometida en alta mar de una furiosa borasca? ¡Qué horror! Rotas y desencajadas las tablas, rifadas las velas, quebrados los palos y masteleros, despedazadas las cuerdas y cubierto de oscuras y densas nubes que arrojaban diluvios de agua, navegaba a popa y a balina el mísero bajel por el furor de las olas ya destrozado. El viento helado que rugía alrededor de él, el granizo impetuoso que le azotaba por los costados, el aire bramador y tenebroso, los negros torbellinos y la furiosa tormenta arrojaban a su centro las ondas enemigas que ya lo sumergían. Ahí teneis Señores bajo de esta hermosa figura que leemos en el libro del Santo Job (Job C.36 v.14) desifrada la peligrosa situación en que nos hallabamos, y recomendada la habilidad y pericia del diestro piloto que nos sacó del naufragio al puerto de salvamento. Nuestros vestidos mojados todavía, y colgados en el santuario del Dios de las victorias señalan a los demás pueblos los escollos que deben evitar en su ruta. Mas a qué recordar esos tiempos tan glorioso en este día de luto y de tristeza (Sn. Amb. Lib.3 de virg.post init.) *quid cum fine [...]voluptatate.*

Católicos: estas y otras virtudes serían nada o poco aceptables en la presencia de Dios, sino las hubiera santificado con las maximas de la religión. Ella le enseñaba que todo el esplendor de la gloria del mundo no es más que un poco de humo que luego se disipa, una ráfaga pasajera, una nube sin agua: vanidad de vanidades y todo vanidad (Ecc C.1 v.2) De aquí provenía aquella grandeza de alma que se mostraba superior a los trastornos del tiempo, e ingratitudes de la suerte. De aquí aquella serenidad en los combates, aquella moderación en la victoria, aquella humanidad con los vencidos. De aquí el que le viesemos frecuentemente al pie de los altares exhalando su corazón en precencia del Señor con tiernas lágrimas y afectuosos suspiros y salir de esta mesa, en expresion del Crisóstomo, como un león rugiente que solo suspiraba lágrimas de fuego, hecho terrible a sus adversarios (Crist. Hom.61 ad. popul. aloq.): de aquí aquellas virtudes sociales y domésticas menos brillantes pero más sólidas: es decir que se presentaba en la sociedad como un padre amante, un tierno esposo, como un amigo fiel, hombre de bien, ciudadano honrado, cristiano irrepreensible, frugal en la mesa, amable en sus maneras, circunspecto en el trato, verdadero en sus palabras, mesurado en sus secretos, fiel en sus promesas. De aquí por último aquella afabilidad que le hacia accesible a todas clases y condiciones y que resplandecía en su conducta a la manera del que despide su luz, y [...] sus benéficos

rayos tanto sobre el orgullosos cedro, como sobre la apacible yerba, tanto sobre la engreída azucena como sobre la despreciable yedra. [tachado: ¿y por qué no decirlo de una vez: guerrero sin altanería, popular sin..., supo conciliar la afabilidad con el poder y el amor con el respeto?].

Yo apelo al testimonio público; a vosotros apelo afligidos conciudadanos. Decidme: ¿reconocéis en ese triste mausoleo al héroe a quien lloramos? ¿Al mismo tiempo que era necesario para todos, no tenían todos la facilidad de verle? ¿No había echado por tierra aquel muro de división que una costumbre poco edificante, y nada cristiana ha puesto entre los grandes y el pueblo? ¿Se necesitaba acaso comprar el favor de un asistente; o merecer con halagos y molestas concurrencias el agradable momento de verle? ¿El nombre solo de la pobreza, no era un nombre de honor a su vista? ¿Era acaso un gabinete como el santuario de Jerusalén, donde nadie podía entrar, sino sino adornado con preciosos vestidos? ¿se le vieron por ventura alguna vez en la frente las odiosas señales del poder, que parece están siempre arrostrando a los demás hombres su miseria, o su dependencia; y para decirlo de una vez, grave sin altanería, popular sin voz, pero no supo conciliar la afabilidad con la grandeza, y el amor con el respeto?

Prueba inequívoca de esta verdad cuando en este mismo templo el día de su magna gloria, presentó a la juventud un ejemplo del respeto que se debe a las canas, llamando a vista a todo el concurso y colocando a su lado al venerable anciano que había sido su profesor de primeras letras. Acción pequeña y acaso despreciable a los ojos del orgullo; pero que encierra un fondo inagotable de sana moral. [Agregado] (Crist. Hom 61 ad.popul.aloq.) *Al rígido maestro Pedro Guevara, (el cojo).*

Que confusión para vosotros hombres vanos que apenas habeis salido de de las heces del pueblo donde os vimos ayer; apenas os habeis constituido por algun empleo defeccionais de sus derechos; cuando parece necesitais de telescopio para mirar a vuestros semejantes, por el temor sin duda de encontraros con vuestra primitiva vajeza! ¡Incesatos! El sepulcro confundira vuestras viles cenizas, y el sol cortará la raíz envenenada de vuestra soberbia contenida e injertará en ella otra que conozca la justicia y preoduzca frutos de misericordia.

Señores, ya desfallece mi voz, sin poder dar alcance al rápido vuelo con que nuestro general se rmontó, como águila generosa, sobre las más altas esferas a donde no pudieron llegar ni aun con el pensamiento los decantados héroes de la fábula. Un elogio, no es una historia. Esta, repito, separará con imparcialidad el grano de la paja, el oro de la escoria, la luz de las tinieblas: es decir, sus virtudes nada comunes, de aquellos defectos inseparables de la humana fragilidad que supo expiar en tiempo oportuno, con lágrimas de penitencia en el sacramento de la reconciliación. Postrado hoy en el lecho de su dolor, se mira como una víctima tendida sobre el altar para ser sacrificado a la divina justicia: se resigna

conforme a las sabias disposiciones de la providencia: conforta su alma con la vianda celestial; unge sus miembros con el óleo santo para entrar en la batalla más terrible contra los espíritus de las tinieblas: protesta que muere sin remordimientos, expresión que solo es dada al hombre justo, y que dá el mayor realce a su virtud en aquellos sublimes momentos, en que los héroes se acobardan como niños y tiemblan los robustos de Moab. No deja por herencia a su desolada familia más que la pobraza y miseria, y el ejemplo de sus virtudes. Reanima sus fuerzas espirituales, recoge su vital aliento, vuelve sus moribundos ojos hacia este pueblo donde vio la primera luz, nos deja por legado su cadáver, y como queriendo sobrevivir a si mismo, parece solo aspirar a vivir con nosotros aún después de muerto. Abandona por fin...¡lo diré Señores! Sin que antes mis ojos acompañen a las palabras con dos caudales de copiosas y sangrientas lágrimas. Abandona (¡ah! retiraos de mí, dejadme llorar amargamente...) ¡Gran Dios, dadme aliento para pronunciarlo. Abandona por fin este mundo que ya no era digno de él, (Epist. Al Heb C. 11 v. 58) para gozar de mejor vida en la patria feliz de los vivientes (2); se ocultó en el ocaso de la vida para resplandecer como el sol mejorado de luces en otro hemisferio. Murió como Moises en la cima del monte Nebo, a la vista de la tierra santa después de haber padecido física y moralmente por el espacio de cuarenta años en el desierto de este mundo: *Mortuus est* (Epist. Al Heb C.11 v. 39) *Deuterom. C.34 v.1:*

¡Oh, muerte! ¡Muerte cruel feroz e inhumana! ¡ Parca fatal! Así has cortado de un solo golpe el precioso estambre de tan interesante vida? ¿Así has quebrado el arco de ese héroe que debía tener clavada a sus pies la voluble rueda de la fortuna? ¿Así nos separas de cuanto más amabamos y estimabamos en este mundo? (Lib I Rey. C19 v32) ¡Ay! Desfalleció el gozo de nuestro corazón, convirtióse nuestra [...] en lamento, cayóse de nuestra cabeza la corona que nos embellecía. ¡Ay de nosotros porque pecamos! (Jer C.19, v.19): triste Moquehua. ¡Moquehua dolorosa y afligida! Quién pudiera ahora daros la noticia, que dio a aquel consternado anciano de las escrituras (Gén C. 49 v. 26): *Joseph filius tuus vivit et dominatur in terra Egipti*: vive tu hijo predilecto Nieto, vive y domina la gloria en nuestros corazones. ¡Más ay dolor! Que ya lo traen cádaver frío. Ahí lo teneis recostado en el lecho de la muerte, la fiera asesina de una mortal enfermedad lo ha desbrozado: (Gén C.37. v.20): la muerte cruel y despiadada ha segado, como las espigas del campo todas sus esperanzas y las nuestras. ¡Ah! Cuando se nos abría una carrera brillante, nuestros proyectos empezaban a correr, los honores venían de tropel, y la fortuna nos abría su templo para entrar; lo ha cerrado el Señor, rompió la caña frágil de nuestro apoyo, murió el protector, acaso nuestros enemigos serán coronados y nosotros quedaremos sumidos en el polvo. ¡Qué materia tan copiosa para tan triste pero salaudable reflexión!

¡Alma benéfica, alma noble y generosa! Después de la disolución de nuestro cuerpo, aún sois accesible a la gloria del mundo, dignaos echar una mirada sobre

vuestros afligidos conciudadanos. Presentaos aquí: venid a recibir la más dulce recompensa de vuestras fatigas en las tiernas lágrimas que mezclan con vuestras cenizas, y en los roncosp suspiros con que honran vuestras excequias.

Recibid las demostraciones de un agradecimiento tanto más sincero cuanto que no reconociendo el sepulto motivo alguno de esperanza, ni de temor alejan toda sospecha de lisonja.

Y vosotros mis amados hermanos, no os contenteis con horar su memoria, solo con lágrimas vanas. Al General Nieto lo lloran también los demás pueblos de la República, lo lloran aún los que no lo conocieron mas que por la fama de sus virtudes, lo lloran aún sus mismos enemigos; santificad vuestras lágrimas con las máximas de la religión. Depositad en su sepulcro no oro, ni pedrería como los paganos, sino vuestras oraciones fervorosas y ardientes votos. Y haciéndolos subir hasta el trono del eterno y poderoso, ante aquel Señor que venera vuestra fe en ese augusto tabernáculo, digámoslo con la Santa Iglesia: *LMX eterna [.....] Rei Domine.*

¡Vos Señor que sois la luz eterna que ilumina todo viviente racional! ¡Ah! Dignaos iluminar a ese ilustre prisionero que detenido en las cárceles del Purgatorio, solo suspira por vos. No os lo pedimos Señor por sus méritos, sino por los méritos de vuestros santos, por los méritos de María Santísima vuestra Madre, a quien profesaba una tierna y cordial devoción: os lo pedimos por vuestro dulcísimo corazón en quien tenía depositada toda su confianza: os lo pedimos humildemente para que su alma y las de todos los fieles difuntos por vuestra infinita misericordia *requiescat in pace.* Amén.